

Goce tu apacible puesto
mi amo toda su vida,
sin que de ti se despida
jamás.

CABALL. Ricote: ¿qué es esto?

RICOTE. ¡Oh, señor! enamorado
de Madrid, de gustos mar,
gracias la empezaba á dar
por los amigos que he hallado.
¡Amigos tan presto!

CABALL. Es villa
RICOTE. que á todos hace merced;
los amigos que mi sed
ha hallado son la Membrilla,
la siempre enlutada y llana
que salta sin dar enojos
desde la taza á los ojos.
Esquivias la toledana
que con ósculos de paz
se entra al alma por la boca,
Burguillos que brinda á toca
y los Molodros de Orgaz
que se oponen á Ajofrín,
y contra injurias del cierzo
felpas que aforran el Vierzo
y martas de San Martín.

CABALL. ¡Buenos amigos!
RICOTE.

Si son
más leales los más viejos,
todos éstos, siendo añejos,
me roban el corazón.
Pero unos curas seglares,
que aquí llaman taberneros
v andan bautizando cueros,
muestran, por darnos pesares,
que aquesta corte encantada
al vino imitar procura
pues ni en ella hay verdad pura
ni amistad que no esté aguada.
Pero, dejando esto, un pliego
tienes de Roma.

CABALL. Pues ¿vino
RICOTE. el correo?

De camino
no ha media hora que á ver llego
apearse en un mesón
cuatro padres carmelitas.
Yo, que nuevas exquisitas
busco siempre, veo que son
romanos y conocidos,
y que el Cardenal con ellos
te escribe: Si quieres vellos
sabrás casos sucedidos
en Roma, y el desconcierto
y mala cuenta que dió
de sí Lamberto, que huyó
de la cárcel.

CABALL. ¿Quién?

RICOTE. Lamberto,
tu cuñado, con Sabina,
su hermana.

CABALL. ¡Válgame Dios!

RICOTE. No se sabe de los dos.

CABALL. Donde viven me encamina
esos padres; hablarélos.

RICOTE. Junto á la Puerta del Sol

están, Babel español:
tus vinos son mis anzuelos. (Vanse)

ESCENA IV

Salen PAULO ADORNO, ginovés, y SABINA.

SABINA. Paulo Adorno, sed cortés
y advertid que estoy casada.

PAULO. No repara amor en nada.

SABINA. Mirad que sois ginovés
y os corre la obligación
con que aquella Señoría
estima la cortesía
que ennoblece á su nación.

PAULO. Mirad vos que tengo preso
á Lamberto, vuestro hermano,
y que está sólo en mi mano
acriminarle el proceso
que á instancia del Cardenal
Monseñor Julio Cataño
le puede hacer mucho daño,
pues, siendo poco leal
á su casa, su servicio,
provocando su venganza,
en mil ducados le alcanza
de sus cuentas y su oficio.
Pues que librallos prometo
y pagar esta cuantía
por él, si á la pena mía
acudís con el secreto
que merece vuestro honor,
estimad la libertad
de vuestro hermano, y librad
con su peligro mi amor.

SABINA. Quedó mi esposo Conrado
preso en Roma, y por no dar
á atrevimientos lugar,
que con el mismo cuidado
que vuestra locura engaña
intentó algún atrevido,
tuve por mejor partido
venir con mi hermano á España,
y ya que perdió su hacienda
mi hermano, no será bien
que su honra pierda también
y en mil ducados la venda.
Pues, poniéndola en mi mano,
quiso dejalla á mi cuenta,
por deudas no será afrenta
el estar preso mi hermano.
Mas, decid, si me deshonor
de vuestro amor el exceso,
¿no es mejor honrado y preso
que salir libre y sin honra?

PAULO. Mirad que declararé
los insultos de Lamberto,
porque de su desconcierto
todos los excesos sé.

SABINA. Forzarásme á deshorrarle,
y no es bien, siendo mi amigo.

SABINA. ¿Puede darte más castigo
la justicia que afrentalle?
Pues si eso vuestra malicia
intenta y le ejecutáis,
¿en qué os diferenciáis
de la más cruel justicia?

Idos, amigo inconstante,
y esto os baste por castigo,
que quien es tan ruin amigo
mal puede ser buen amante.

PAULO. Básteme para venganza
de aque se desdén tirano
que esté preso vuestro hermano;
quiteseos la esperanza
de velle suelto jamás;

PAULO. poco su peligro os mueve
y poco Lamberto os debe.
Yo procuraré de hoy más,
ingrata, desconocida,
de que vuestro poco seso
agrave más el proceso.

SABINA. ¡Ay hermano de mi vida,
que pudiéndote soltar
tenerte preso consienta!
Pero, ¡ay honor! vuestra afrenta,
¿no es más de considerar?
¿Qué haré en confusión tan grave,
donde el amor y la honra
concurren? Mas la deshonor
no afrenta si no se sabe.

PAULO. Espera, Adorno, ¡ay de mí!
La dicha de vuestro hermano
depende de vuestra mano.

SABINA. ¿Guardaréis secreto?

PAULO. Sí.

SABINA. Luego os alabáis los hombres
en gozando á una mujer.

PAULO. Noble soy.

SABINA. Temo perder,
por más que hidalgo te nombres,
la fama, que sólo estriba
en la vulgar opinión,
y así, muera en la prisión
mi hermano, como ella viva.
¡Vete ocasión de mi afrenta!
¿Voime?

PAULO. Aguarda, ¡ay vil temor!
no pensé yo, amado honor,
poneros jamás en venta.

SABINA. En fin, ¿guardaréis secreto?

PAULO. Sí, que quien de veras ama
guarda el honor de su dama.

SABINA. Cuando es amante perfeto:
juradlo.

PAULO. Por esos ojos
que hacen cielo aque sa cara.

SABINA. Pluguiera á Dios que cegara
honor, y no os diera enojos:
soltad mi hermano primero.

PAULO. Haré que le den mi casa
por cárcel.

SABINA. La fama abrasa
más que el honor el dinero.

PAULO. Esta noche le tendré
en ella, por que no impida
la ocasión, prenda querida,
que intenta gozar mi fe,
si mi ardiente amor pagáis
y á la mañana en la vuestra
le tendréis.

SABINA. Honor: en muestra
de lo que á Lamberto amáis,
disimulad este insulto.

PAULO. ¿Vendré esta noche?

SABINA. No sé.

PAULO. Cuando en sus faldas esté
durmiendo el silencio oculto
vendré, sin que pueda Apolo
ver lo que por mi arriesgáis;
¿qué decís?

SABINA. Que no vengáis;
mas, si venís, que sea solo. (Vase.)

PAULO. ¡Victoria, ciego interés!
Sujeta á tus pies está
la honra; ¿mas qué no hará
en la corte un ginovés?
Pues aunque se suba al cielo
amor, porque todo es alas,
cuando son de oro las alas
cualquiera le alcanza el vuelo.

ESCENA V

Salen el CABALLERO DE GRACIA, FISBERTO y RICOTE.

CABALL. El Cardenal, mi señor,
en esta carta me manda
que ponga todo calor
en la piadosa demanda
del Carmen, y que el favor
de la Princesa procure
para que sitio le den
de un convento que asegure
la Religión, y es muy bien,
aunque la vida aventure
en tan cristiano cuidado,
que honre la corte española
el instituto sagrado
del Carmen, que estaba sola
sin este Orden celebrado.
Luego hablaré á la Princesa,
Fisberto, con la eficacia
que pide tan justa empresa.

FISBERTO. Sois Caballero de Gracia,
por vos el cielo interesa
la virtud que reconoce
en vuestro cristiano celo.

CABALL. Razón es que Madrid goce
las gracias que da el Carmelo.
¿Cuántos padres vienen?

FISBERTO. Doce.

CABALL. Al sacro Colegio imita
de Cristo; yo haré que aquí
tenga la Orden Carmelita
un monasterio.

RICOTE. Eso sí,
devociones ejercita,
que tú engordarás con eso.

CABALL. Ya que me he vuelto español
su celo y virtud profeso;
esta es la Puerta del Sol,
bien estuviera, os confieso,
aquí el sitio desta casa,
que el concurso de la gente
que por aquí al Prado pasa
es notable.

FISBERTO. Y excelente
vuestra elección, si es que pasa
por aquesto el Hospital
de la Corte.

CABALL. Dudáis bien, que es pobre, aunque en nombre real, demás que está aquí también la Victoria y se hacen mal, cuando las comunidades, por estar cerca, se quitan provechos y utilidades de devotos que visitan sus conventos y hermandades. Pero, decidme: ¿qué casa es aquella donde tantos salen y entran?

FISBERTO. Donde pasa un trato no para santos.

RICOTE. Donde Venus da á la tasa Zupia que el seso derriba; feria donde abre sus tiendas el vicio á gente lasciva, y es, en fin, porque lo entiendas, rastro de la carne viva.

CABALL. ¿Qué dices, loco?

RICOTE. ¿Esto ignoras?

A fe que lo saben hartos; lonja de gente ruin, de la basura rincón, y por no hablar en latín, es, hablando con perdón, la casa pública, en fin.

CABALL. ¡Jesús! ¿La casa es aquesta donde la gente perdida vive ó muere deshonesto? ¿Donde la vergüenza olvida la honra que tanto cuesta? ¡Válgame Dios, ya que admite la costumbre y los engaños que el vicio en la corte habite, y porque mayores daños excuse, aquéstos permite. ¿Es posible que consienta que en esta publicidad tenga su casa el afrenta? ¿Que la deshonestidad pague aquí al infierno renta? Junto á la calle Mayor, por donde la gente pasa de más caudal y valor, ¿la torpeza tiene casa y á todos no causa horror? ¿Qué doncella recogida, qué mujer noble y de suerte verá esta gente perdida al pasar, que no despierte la pasión más reprimida? ¿A quién no ha de dar enojos, siempre que por aquí venga, el ver que en viles despojos, esta nube Madrid tenga en las niñas de sus ojos? ¿Donde el honor español vive, la deshonra puebla, siendo de virtud crisol, la obscuridad y tiniebla junto á la Puerta del Sol? Eso no, ¡Madre de Dios! ya tengo casa que os dar; Del mundo salió por Vos el demonio, que habitar

juntos, mal podréis los dos. Salga de aquí, pues abrasa la corte su vil noticia, verá la gente que pasa, si fué casa á la malicia, que es ya de la virtud casa. En el corazón me ha puesto Dios que aqueste sitio escoja para el convento propuesto, porque el alma me congoja que aquí el trato deshonesto á toda la corte ofenda.

FISBERTO. Si lo alcanzarais, no hay duda que es gran cosa.

RICOTE. ¿Y con qué hacienda?

CABALL. Virgen: dadme vos ayuda, que yo lo haré aunque me venda. Pero aguardad, ¿qué príncipe es aqueste que tanto coche y gente le acompaña?

FISBERTO.

El Cardenal don Diego de Espinosa invicto Presidente de Castilla que á la Victoria va.

CABALLERO.

Dios me le ofrece para que le suplique que al demonio quite el colegio vil de gente infame, que en mitad de la corte á cada hora con torpe amor la honestidad desdora. Vámosle hablar. ¡Mi Dios, Virgen del Carmen: dadme palabras que movelle puedan á que destruya aquestos que dan muerte al alma, y son la gente más perdida.

RICOTE.

¿Qué muerte si le llaman «de la vida»?

ESCENA VI

Salen el CARDENAL, ESPINOSA, DON DIEGO y otros.

CARDENAL.

Consagra el Arzobispo de Toledo don Gaspar de Quiroga el templo santo que á las Descalzas hizo la Princesa, y va Su Majestad á honrar mañana la devoción y fiesta de su hermana, y así es razón que todos los Consejos solícitos acudan á servilla.

DON DIEGO.

Y más un Presidente de Castilla.

ESCENA VII

Salen el CABALLERO DE GRACIA, FISBERTO y RICOTE. Dichos.

CABALLERO.

No es, señor ilustrísimo, á propósito este lugar, para que en él reciba memoriales y lea peticiones; mas nunca pierde tiempo un pretendiente, ni tiene el juez perfecto reservado lugar adonde no entre la justicia;

porque los Jueces y Ministros reales consigo han de llevar los Tribunales. Supuesta esta verdad y mi justicia, no debe mi osadía de admiralle si hace sala de Audiencia aquesta calle.

CARDENAL.

Diga lo que pretende.

CABALLERO.

Digo en suma, pues á Vuestra Ilustrísima compete de aquesta corte el régimen político, que en su riñón y centro y á los ojos de lo más principal que habita en ella, hay una casa donde cada día se ofende á Dios con juegos prohibidos pudiendo estar en partes más remotas.

RICOTE.

Y jugando al pasar, todas son pocas.

CARDENAL.

¿Casa en Madrid de juego prohibido, y que públicamente se ejercite?

CABALLERO.

Y se sabe, señor, y se permite.

CARDENAL.

¿Yo lo permito?

CABALLERO.

El Rey y los Consejos.

DON DIEGO.

Este es loco.

CABALLERO.

No está su sitio lejos.

CARDENAL.

¿Cómo se llama el dueño de esa casa?

CABALLERO.

Torpeza vil que la virtud abrasa. Ilustrísimo Príncipe: ¿es posible que en mitad desta corte se consienta tienda al demonio que le pague renta? Las públicas mujeres deshonestas, ¿es bien que vivan en el mejor sitio de la corte que rige los tormentos el pecado mayor junto á la calle Mayor deste lugar, y esto se calle? Las leyes allá fuera de la corte, mujeres despeñadas de sus vicios entre barrancos y despeñaderos, que cuando está apestada alguna casa cerralla suelen cuando no se abrasa. Los padres religiosos del Carmelo buscan un sitio en que labrar palacio á la Virgen divina, su Patrona. Cuando viene á la corte una Princesa, el Rey la hace dar casa de aposento; conviértase esta casa en su convento. No es bien que las tinieblas, señor, vivan junto á la Puerta que del Sol se llama; siendo Luna sin mácula María, habitación tendrá más oportuna si á la Puerta del Sol viene la Luna;

haga á Su Majestad Vuestra Ilustrísima, pues es su capellán, ese servicio, y á Madrid tan honesto beneficio.

CARDENAL.

El celo alabo; pero no conviene mudar el orden que la corte tiene; gobiérnese á sí mismo, y no se meta en ajenos oficios y cuidados, que Madrid tiene jueces y ministros que dispongan las cosas que les tocan, y quien juntó esa casa en este puesto consideró primero lo que hacía, y yo no pienso variar el uso con que á Madrid la antigüedad dispuso.

CABALLERO.

Señor, señor, perdóneme, y advierta que Dios interiormente me está dando impulsos para que esto se concluya; la casa del demonio ha de ser suya. Y si Vuestra Ilustrísima rehusare hacer al Carmen santo este servicio, harélo yo, y echando esas mujeres desta publicidad una mañana con teclas y campanas verá el cielo la casa vil que es casa del Carmelo.

CARDENAL.

Pues cuando llegue vuestro atrevimiento con indiscreto celo á hacer tal cosa, quitándoos la cabeza de los hombros sabré yo dar el pago que merece quien al Juez superior desobedece. (Vase.)

ESCENA VIII

El CABALLERO DE GRACIA, RICOTE y FISBERTO.

CABALLERO.

¡Virgen! ¿con la cabeza me amenazan porque posada os busco? ¡Carmen mío! ¿Casa dan al demonio en esta corte y os la niegan á vos? No lo permita la devoción que vive en sus vecinos. Con la cabeza me han amenazado, si á su costa no más quito al demonio aquesta lonja de sus vicios trato y casa os doy, comprado habré barato. Yo haré de suerte que mañana vea aquesta infame casa convertida la corte á mi buen celo agradecida. A hablar voy la Princesa, que yo espero de su real cristiandad, cuando edifica monasterios á Dios y á sus Descalzas, que no permitirá que el suyo tenga aquí el demonio; yo daré dineros para que busquen esas desdichadas otro puerto á sus vicios conveniente que no ofenda los ojos de la gente.

RICOTE.

Cualquier partido, si las das moneda, te harán cuando las saques de su nido, que por eso se llaman «del partido». ¡Qué notable virtud!

CABALLERO.

¡Virgen divinal
Como vos tengáis casa en esta corte,
y della se destierre la torpeza,
¿qué importa que me corten la cabeza? (Vanse.)

ESCENA IX

Sale LAMBERTO, de noche.

LAMBERT. A las puertas de mi casa
me han traído los recelos
del honor, que anda por mi
animando atrevimientos.
Dióme la suya por cárcel
la justicia á pedimiento
de Paulo Adorno, por quien
he estado hasta agora preso.
Mil ducados por mi paga,
y aunque, obligado, confieso
la libertad que me ha dado
y el interés que le debo,
si para discursos tristes
ofrece la noche tiempo,
de tal noche que mi honor
los haga en vuestro silencio.
Llegué huyendo de mis vicios
á Madrid, piadoso cielo,
sin hacienda y sin ventura,
y apenas en él me apeo
cuando las persecuciones,
de las desdichas correos,
me aposentan en la cárcel;
que poco importa ir huyendo
de su daño el que ignorante
le lleva consigo mesmo,
porque es alguacil el vicio
que prende á su mismo dueño.
Pues honor, si Paulo Adorno
de mi prisión fué primero
autor, y á instancia de Roma
causas me intima y procesos,
sí es su rigor mi fiscal,
el interés avariento
que me pide desterrado
mil ducados por lo menos,
sospechosa la codicia,
Paulo, ni amigo, ni deudo,
¿qué ocasión puede obligalle
á que me suelte tan presto?
Podrá ser que el Cardenal
le escribiese que, no habiendo
de dónde cobre su alcance,
me suelte; fué al fin mi dueño;
es generoso y ilustre
prometerme esto y más puedo
de su cristiandad hidalga.
Bien, honor, estoy con eso;
mas á ser así, decidme:
¿á qué propósito ha hecho
darme su casa por cárcel,
y apacible y lisonjero
esta noche solamente,
en su mesa y aposento
le mira mi libertad,
si por él mañana puedo
gozar seguro la mía?

¿Qué interesa en este tiempo?
¿Por qué me encierra esta noche?
¿Veis si aprieta el argumento?
¿Sabina sola y mujer;
yo ausente, alligido y preso,
y él liberal y agradable?
No, honor, no puede ser bueno.
Armado salió de casa,
y yo, ya que no discreto,
por lo menos sospechoso,
la palabra y cárcel quiebro
porque esté entero mi honor.
Desatinado y travieso
he sido, mas siempre honrado;
no ha de ser mi hermana el precio,
por más que el oro conquiste
de mil ducados, si puedo.
Sed en estas puertas escoltas,
no más que esta noche, celos.
Gente viene: aquí me encubro.

ESCENA X

Sale el CABALLERO DE GRACIA.—LAMBERTO escondido.

CABALL. En el encantado enredo
de palacio no han podido
hallar puerta hoy mis deseos
para hablar á la Princesa
y dar con su favor medio
para el convento del Carmen;
en balde he gastado el tiempo,
no me dejaron entrar
interesables porteros;
mas hablaréla mañana,
aunque ponga impedimentos
la vil deshonestidad
pesarosa de que intento
ganar para la virtud
el presidio del infierno.
Ni hallé á Ricote, ni sé
las calles por donde vengo,
y pienso que me he perdido;
llevadme á mi casa, cielos.

ESCENA XI

Sale PAULO ADORNO.—DICHOS.

PAULO. La obscuridad de la noche
ampara con su silencio
mi pretensión amorosa.
En mi casa está Lamberto,
Sabina determinada
y yo abrasado, ¿qué espero?
Pero gente hay en la calle,
el ofrecido secreto
que Sabina me encargó
es bien guardar aquí, quiero
esperar á que se vayan.

ESCENA XII

Sale SABINA.—DICHOS.

SABINA. ¿Si estará mi hermano suelto?
¡Ay honor, á lo que obliga

la sangre, pues á ofenderos
me fuerza! Noche confusa:
encubrid al vulgo necio
los peligros de mi fama.
Si es Paulo Adorno el que veo
abridle, honra, que en la calle
el recato corre riesgo.
¡Ay infelice Sabina!
¡Ay desdichado Lamberto!
¡Ay ofendido Conrado!
¿Qué escucho? ¡válgame el cielo!
¿Lamberto y Sabina aquí,
y Conrado entre lamentos
piadosos á tales horas,
si son los tres que sospecho?
SABINA. ¿Sois Paulo Adorno, señor?
CABALL. Por saber este suceso
tengo que decir que sí.
Yo soy, señora, ese mesmo.
Esta es la voz de Sabina.

LAMBERT. ¡Ay, qué á mi costa habéis hecho
verdad, honor, mi sospechal!

PAULO. ¿Otro Paulo Adorno? Bueno.
¿Descubriréme? Mas no,
que así la palabra quiebro
del secreto prometido.

Mejor es que el sufrimiento
aguarde á ver en qué para
este disfraz, que mis celos,
si prosiguiese en su engaño,
no dejarán que entre dentro.

SABINA. Si Lamberto está ya libre,
que lo supongo por cierto,
en fe de vuestra palabra,
pues sois, en fin, caballero,
mostradlo en esta ocasión,
y vuestra pasión venciendo,
obligad prendas del alma
sin injuriar las del cuerpo.
Vuestra nobleza agraviáis
si, cual tratante avariento,
vendéis la necesidad,
que mil ducados no es premio
equivalente al honor
que necesitada os vendo.
No afrentéis á una casada
ni á un marido ausente.

CABALL. ¡Cielos!

No en balde aquí me trujistes;
el perderme os agradezco.
Sabina es ésta, y si saco
consecuencias de aquí, á precio
de su honor la libertad
ha comprado de Lamberto;
razón será, cuando quito
á la desvergüenza el templo
de la deshonestidad
y su casa librar quiero,
que libre la de mi hermano.
¡Miren si he sido yo cuerdo
en no casarme! ¡Oh cruel yugo,
de ti libre Dios mi cuello!
¿Diré quién soy? Mas mejor
es, por que me admita dentro,
fingirme el interesado
de este afrentoso concierto,
que, apretando los cordeles

del honor, sabré por ellos
si hay firmeza, cuando él da
á la necesidad tormento.

LAMBERT. ¿Que mis torpes desatinos
en este trance hayan puesto
á mi hermana? ¿Y que su honor
haga la torpeza empeño?

¡Vive Dios, villano amante,
si á sus honrados deseos
no correspondes cortés,
que he de travesarte el pechol!

CABALL. Sabina: si no me abris
y á mi amor buscáis rodeos,
haré volver á la cárcel
al punto al hermano vuestro.

SABINA. En fin: ¿no pueden con vos
lágrimas, conjuros, ruegos
ni el valor de vuestra sangre?
Entrad, pues, aunque primero
que ofendáis mi honestidad
podrá ser, libre el acero,
la fama que tiranizan
vuestros gustos deshonestos.

CABALL. Abrid la puerta.

PAULO. Eso no,
ladrón de honras encubierto;
que asiste aquí de Sabina
el amante verdadero.

LAMBERT. ¡Villano! Antes que mi hermana
agravies, tendrán ejemplo
en tu muerte los que la honra
piensan comprar con dineros.

CABALL. Paulo Adorno: sosegaos;
Lamberto, hermano: teneos,
que estáis los dos engañados.

SABINA. Aquí está mi hermano, ¡ay cielos!

PAULO. Lamberto supo, sin duda,
la fuerza de mi amor ciego
y á vengar su injuria vino.

LAMBERT. ¿Quién eres?

CABALL. Hermano vuestro:
el Caballero de Gracia.

LAMBERT. ¿Cómo?

PAULO. ¿Qué escucho? ¿Otro enredo?

LAMBERT. ¿Jacobo de Gracia vos?
¡Hola! sacad luces presto.

ESCENA XIII

Sale RICOTE con un hacha.—DICHOS.

RICOTE. Por una hacha fui á mi casa,
y cuando á palacio vuelvo
por mi señor, no le hallo;
suspensión del vino temo.

CABALL. Ricote: llega esa luz.

RICOTE. Topé con él; desde hoy
un credo al Niño perdido.

LAMBERT. ¿Que he sido digno de veros,
Jacobo, en esta ocasión?

CABALL. Dad gracias á Dios por ello
que á los peligros acude.

LAMBERT. ¡Qué de ofensas que os he hecho!

CABALL. La que hoy hemos restaurado
es razón que ponderemos,
y para que otras se excusen

- quiero en mi casa teneros con Sabina vuestra hermana.
- LAMBERT. No nos lo debéis.
- CABALL. Si debo, pues de perseguirme vos mi buena suerte intereso. Yo haré que venga Conrado libre de Roma, que espero del Cardenal esto y más. Y vos, pues os hizo el cielo (A Paulo.) rico, aprovechad mejor vuestra hacienda, que el empleo de los vicios es caudal que se pierde con su dueño. Venid por los mil ducados á mi casa.
- PAULO. Yo los suelto, dándolos por bien empleados, pues os conozco por ellos.
- CABALL. La vergüenza de Sabina impedirá los deseos que de verme habrá tenido: andad con Dios, caballero, y con vuestro oro fundad un mayorazgo en el cielo, que no es hazaña de noble echar sobre el honor censos.
- PAULO. Este hombre parece santo. (Vase.)
- CABALL. Entrad, hermano.
- RICOTE. ¡Qué es estol
Esta noche está borracha,
ó yo lo estoy, que es más cierto.

JORNADA TERCERA

ESCENA PRIMERA

Salen DON CRISTÓBAL DE MORA y el CABALLERO DE GRACIA con hábito de Cristo.

- CRISTÓB. Ha aumentado la afición que á vuesa merced tenía la nueva prohijación que á los dos desde este día da una patria y profesión. Ya es portugués adoptivo, si yo lo soy natural, ya á mi nación apercibo con hijo tan principal valor nuevo.
- CABALL. Yo recibo su noble insignia, señor, bien que indigno de tal prenda, con obligación mayor, pues servirle me encomienda, si me hace comendador y el ánimo solícito que vueseñoría me da con la Cruz, en que le imito, que buen ejemplo tendría, si á sombra suya milito.
- CRISTÓB. No sé si llega su renta á mil ducados, mas quede

- desde hoy á mi cargo y cuenta el mejoralle.
- CABALL. Bien puede vueseñoría, aunque intenta mi aumento, descuidar deso que mucho menos le basta al estado que profeso.
- CRISTÓB. Sé cuán bien su hacienda gasta.
- CABALL. Si trae la cruz mucho peso podrá ser que á tropezar me obligue de tal manera, que me estorbe su pesar; cuanto fuese más ligera será mejor de llevar. No apetezco mucha hacienda, la que me dió Monseñor y la de aquesta Encomienda me sobra, y siendo mayor mi quietud temo que ofienda.
- CRISTÓB. El Rey sale con su hermana la Princesa, mi señora.
- CABALL. Mi dicha el peligro allana. (Aparte.) ¿Qué temo? Hablaréle agora, pues con su presencia gana el favor que he menester.

ESCENA II

Salen el REY y la PRINCESA, DON DIEGO y DON JUAN DICHOS.

- REY. Ya Vuestra Alteza estará contenta, pues llega á ver lo que deseado ha tantos días.
- PRINCES. Por tener mi Monasterio acabado y de su fábrica estar Vuestra Majestad pagado, puedo á mi ventura dar el parabién deseado, y porque con su asistencia nuestra fiesta ha sido real.
- REY. La Iglesia es por excelencia, y el comenzado hospital va conforme el arte y ciencia.
- PRINCES. Con esa satisfacción no tendrá la obra defecto, pues la aprueba el Salomón de España, Rey y Arquitecto, gloria de nuestra nación, que el Escorial, en quien fundo de Jerusalén el templo, que fué milagro del mundo, le ha de llamar á su ejemplo nuestro Salomón segundo.
- (Llégase el Caballero de Gracia, de rodillas, al Rey.)
- CABALL. Vuestra Majestad, señor, castigue en mí un desacato, hecho con poco recato, aunque digno de loor. Junto á la calle Mayor por donde el concurso pasa de su Corte, tenían casa las mujeres más perdidas de Madrid, con cuyas vidas

- la mayor virtud se abraza. Supliqué á su Presidente de Castilla que mudase aquella gente y la echase á otra parte más decente, y que el Carmen excelente fundase allí, y la esperanza de tan piadosa mudanza diese á Dios, con dicha inmensa, casa en que vivió la ofensa y ya vive su alabanza. Respondió con aspereza que si la devoción mía novedad alguna hacia peligraba mi cabeza. Pero yo, que la torpeza de aquesta gente mundana aborrezco, una mañana hospedar á Dios dispuse, desterré al demonio y puse celdas, iglesia y campana. Holgóse la vecindad libre de aquel vituperio, ya es del Carmen monasterio el de la sensualidad. Si esto Vuestra Majestad, siendo tan cristiano y fiel,
- (Saca un cordel.)
- juzga por culpa, el cordel desde ayer traigo conmigo, para que me dé el castigo que he merecido con él.
- PRINCES. Vuestra Majestad le haga merced, porque es cosa mía.
- REY. Devota es vuestra osadía; no es justo que se deshaga casa de quien Dios se paga y al vicio se pone freno. Vuestro celo ha sido bueno, y aunque el Carmen en tal cabo está bien, el hecho alabo, las circunstancias condeno. (Vase.)

ESCENA III

DICHOS, menos el REY.

- CABALL. ¡Qué compendiosa sentencial
¡qué cristiana conclusión!
Bien te llaman Salomón
en la justicia y clemencia;
prospera Dios tal prudencia.
- PRINCES. En fin: me habéis imitado;
un Monasterio he fundado
y otro al Carmen dedicáis,
como un hospital hagáis
me habréis en todo igualado.
- CABALL. No puedo yo ser igual
á hazañas tan excelentes,
aunque á los convalecientes
también he dado hospital.
La calle de Fuencarral
se honra con esta obra pía;
flaca la gente salía
enferma y para volver,
gran señora, á recaer,
¿de qué curallos servía?

- Allí á su regalo asisto
mientras fuerza y salud cobra.
- PRINCES. No sólo en hábito, en obra
sois caballero de Cristo;
el celo que en vos he visto
es bien, Jacobo, que aliente;
quien sustenta tanta gente
los gastos tendrá doblados.
¡Hola! dadle mil ducados.
- CABALL. ¿Otros mil? El cielo aumente
la católica virtud
con que España se está honrando.
- PRINCES. Encomendadme á Dios, que ando
muy quebrada de salud.
- CABALL. Como mi solicitud
lo que le falte asegure,
¿qué habrá que yo no procure
para que su vida aumente?
Mas Vuestra Alteza, ¿qué siente?
podrá ser que yo la cure.
- PRINCES. Con oraciones sí haréis.
- CABALL. Dígame esto Vuestra Alteza.
- PRINCES. De estómago y de cabeza
mil dolores, que podréis
remediar si instancia hacéis
á Dios.
- CABALL. Valgo para eso
poco, y aunque no profeso
medicina, una receta
tengo yo santa y discreta,
á quien debo vida y seso.
Cuando en Bolonia estudiaba,
de suerte me perseguía
ese dolor cada día,
que por muerto me dejaba:
el médico me mandaba
beber vino, si mi vida
estimaba, consumida
con el estudio y cuidado,
mi estómago delicado,
el agua, y poca comida.
Pero nunca Dios permita
que el vino haga en mí sosiego,
tocar en el alma á fuego
ni su vecindad admita.
Ibame al agua bendita,
¡mire que extraña simpleza!
y prometo á Vuestra Alteza
que las pilas agotaba
bebiéndola, y me aliviaba
el estómago y cabeza.
Desde entonces hasta agora
no he sabido qué es dolor;
no hay medicina mejor
que agua bendita, señora.
- PRINCES. Quien vuestra virtud ignora
juzgara por desatino
lo que el cielo á daros vino:
á ser mi fe cual la vuestra
hiciera en mi salud muestra
ese remedio divino.
Con la sagrada divisa
de Cristus honrado estáis,
si es que servirme gustáis,
Jacobo, ordenaos de Misa,
pues vuestra virtud me avisa
que con tan divino oficio

daréis de quien sois indicio,
mi capellán os hará.
CABALL. Vuestra Alteza en mí no ve...
PRINCES. Hacedme aqueste servicio.
(*Vanse todos, sino es el Caballero.*)

ESCENA IV

El Caballero de Gracia, solo.

¿Yo sacerdote ¡mi Dios!
con suficiencia tan poca?
¿Yo señor de vuestra boca?
¿Cristo de mi boca, Vos?
¿Tanta amistad en los dos
que, á mi palabra obediente,
bajáis, siendo Omnipotente,
cuando en el cielo asistís?
Mi Dios, si desto os servís
hacedme vos suficiente. (*Vase.*)

ESCENA V

Salen Fisberto y Ricote.

FISBERTO.

Mil ducados que ha dado la Princesa
para ayuda de costa á vuestro dueño
os dejó en casa.

RICOTE.

Buena mosca es esa;
mas ¿qué importa, si es número pequeño
cuanto tesoro de Indias interesa
el Rey para sus gastos? Yo os empeño
mi palabra que dure poco en casa,
aunque comemos con medida y tasa.
Ha hecho un hospital y en él sustenta
tantos convalecientes que es espanto;
ochocientos ducados que le renta
la Encomienda no bastan para tanto,
á un pobre caballero que aquí intenta
un mayorazgo, de su celo santo
ayudado socorre la pobreza.

FISBERTO.

Lastima más si cae sobre nobleza.

RICOTE.

Ayer hizo vender toda su plata
y dió á una mujer noble el precio della
para dote de una hija, porque trata
de empeñar su hermosura ú de vendella.

FISBERTO.

Es la necesidad madrastra ingrata,
no es en la corte la primer doncella
que á falta de otras joyas su honra vende.

RICOTE.

¡Plegue á Dios que después no la remiende!

FISBERTO.

Vos tenéis un señor bien diferente
de los que agora se usan en España,
dalde esa cantidad y adiós. (*Vase.*)

ESCENA VI

Ricote solo.

¡Que intente
traerme al retortero una picañal
¡Válgate el diablo, amor impertinente!
¿Una fregona á mí, una telaraña
me ha de coger cual mosca en su garlito?
Sirviendo á un santo amar es gran delito.
¡Ay si lo sabe, pobre de Ricote,
tras un sermón habrá despedimiento!
¿Que tenga yo por amo á un virginote
y me tiene Inesilla? No consiento:
emplee amor en otros su virote.
Mas, ¡ay Inés! no pidas casamiento
y friega en este pecho tu retrato,
de tu esperanza apetecible plato.
Esto de Inés, ¿qué voluntad no inclina?
Hay otros nombres ásperos: Olalla;
ola en mujer, borrascas adivina;
Dominga, que el domingo han de guardalla;
Polonia está sin dientes; Catalina,
empezando por cata han de catalla
cuantos llegaren; pero Inés, ¡qué agrado!
¡Ay Dios! ¿qué haré que estoy inenesado?

ESCENA VII

Sale el Caballero de Gracia.—Ricote.

CABALLERO.

Extraña confusión me habéis causado,
católica Princesa. ¡Sacerdote
un pecador de crímenes cargado!
¿De Oza no temo el riguroso azote?
Si muere, porque el arca toca osado,
¿he de tocar yo á Dios?

RICOTE.

Señor.

CABALLERO.

Ricote.

RICOTE.

Mil ducados te envía la Princesa.

CABALLERO.

Déjame solo.

RICOTE.

Inés, mi alma es Inesa. (*Vase.*)

CABALLERO.

Los ángeles sin diezmo han alcanzado
la dignidad del sacerdocio eterno;
San Francisco, que fué vuestro traslado,
no se atrevió á ordenar humilde y tierno.
Cortóse el dedo Marcos, con que ha dado
á la fe su Evangelio y el gobierno
sacerdotal rehusó, valiendo tanto,
¡y osaré tocar yo vuestro Altar santo!

ESCENA VIII

Salen un Capitán y Roberto.—Dicho.

CAPITÁN.

Pretender en la corte sin dinero,
alegando papeles y servicios,

ESCENA IX

El Caballero de Gracia, solo.

Agora importa avisar
que con cuidado defienda
su honra, casa y hacienda,
la que ocasión pudo dar
á roballa á este soldado,
que al pobre con opinión
hace agresor la ocasión
y la ocasión al pecado.
Pero, mi Dios, declarad
las dudas que mi alma tiene:
mandado me han que me ordene;
temo desta dignidad
la pureza que procura
llegar cada día, mi Dios,
á vuestro altar. Si con Vos
el alma más limpia y pura
es inmunda y pecadora,
¿quién no tiembla? ¿Qué señor,
aunque tenga más amor
á quien le sirve y adora,
si ve que con faltas llega
descompuesto y mal vestido,
no le echa de sí ofendido
y su presencia le niega?
Pues si nada se os esconde,
si caláis los pensamientos,
si medís los elementos,
si no hay parte ó lugar donde
de Vos puedan los humanos
sus defectos esconder,
¿cómo os osaré tener
en mis atrevidas manos?
Al santo Papa León
primero, que en Roma un día
con mil ansias os pedía
de sus culpas remisión,
vuestra piedad satisfizo
diciendo que perdonados
estaban ya sus pecados,
fuera de aquellos que hizo
en ordenar sacerdotes
sin virtud ni suficiencia.
Y volvió á hacer penitencia
por excusar los azotes
de vuestra ira; pues, Señor,
si á quien indignos ordena
dilata para más pena
el perdón vuestro rigor,
¿qué haréis al mismo ordenado
que el *sancta sanctorum* toca
con las manos y la boca
y del cielo os ha abajado?
Vos sabéis lo que deseo
el ordenarme, Señor,
que es propiedad del amor
cuyas llamas en mí veo
juntarse á la cosa amada,
y como os amo, querría
incorporar cada día
mi alma en vos abrasada
con la vuestra, pues con Vos
junto, en fe de que os adoro
mi ser realzo y mejor
haciéndome de hombre Dios.

es pedir fruta y flores por Enero,
que sólo el interés alcanza oficios,
pues ni el ser capitán, ni caballero,
ni en Flandes hazañosos ejercicios
bastan para alcanzar lo que pretendo;
pobreza, á vuestra industria me encomiendo.
Aquí, Roberto, vive una casada
rica en extremo, su marido ausente.

ROBERTO.

Nuestra necesidad es extremada,
la noche á nuestro intento conveniente.

CAPITÁN.

Entremos encubiertos, que, negada,
si sus joyas gozarnos no consiente,
con ellas perderá vida y belleza.

ROBERTO.

Y su infame rigor nuestra pobreza.

CABALL. ¡Oh cruel necesidad!
¡que la falta de dinero
obligue así á un caballero
á ofender su calidad!
Quitar quiero la ocasión
que le ofrece su pobreza
y socorrer la nobleza
que desdora su opinión.
Caballero: yo he sabido
que en la corte pretendéis
los cargos que merecís
porque al Rey habéis servido
valerosamente en Flandes
contra su gente enemiga;
la necesidad obliga
á emprender delitos grandes.
Tomad estos cien escudos
por hacerme á mí merced,
y en gastándolos, volved
por más, que ellos cual yo, mudos,
socorrerán con largueza
el aprieto con que estáis,
y aquí, ya que allá la honráis,
no afrentéis vuestra nobleza
poniendo cosas por obra
que injurien vuestro valor,
porque, perdido el honor,
ó tarde ó nunca se cobra.

(*Dáselos.*)

CAPITÁN. Dios en mi remedio toca,
aquestos labios cristianos
con el socorro en las manos
con el consejo en la boca,
remedio de mi desgracia,
¿quién mi dicha en ti apercibe?
CABALL. Andad con Dios, que aquí vive
el Caballero de Gracia.

CAPITÁN. Gracias doy agradecido
á tan hidalgo valor.
Volvamos por vos, honor,
que os tuve casi perdido,
y al que os socorre de gracia
sin tener de mí noticia,
llamad de hoy por justicia
el Caballero de Gracia. (*Vanse.*)

No os indigne que mi pecho os busque, que es natural el pretender cada cual, Cristo mío, su provecho. Decidme, por que no pene, con qué más os serviré, ¡con que en este estado esté, mi Dios, ó con que me ordene!

ESCENA X

Sale un PINTOR.—DICH0.

- PINTOR. Por saber que es tan curioso vuesa merced, y que estima pinturas, si las anima algún pintor valeroso, para su oratorio tengo aquí dos cuadros de mano del celebrado Pinciano.
- CABALL. Con pinturas me entretengo; veamos qué tales son.
- PINTOR. Por ser nuevo el pensamiento desta, ha de darme contento y animar su devoción. Esta es de Nuestra Señora, que en fe de la reverencia que tenía á la presencia de un sacerdote, á la hora que le vía, se postraba, aunque Madre de Dios es, y en levantando él los pies sus impresiones besaba, que así María acredita á quien da á Dios en sustento. Escribe este pensamiento San Dionisio Areopaguita, y es digno de que se note y á espantar el mundo venga, que á la Madre de Dios tenga á sus pies un sacerdote.
- CABALL. ¡Válgame Dios y qué á punto, en castigo de mi mengua, hace el cielo un pincel lengua, y con aqueste trasunto corrige el atrevimiento que de ordenarme he tenido! Angeles que habéis servido á Dios de escabel y asiento, y en honra de las bellezas de vuestras jerarquias santas, ponéis debajo las plantas de María las cabezas; ¿cómo espanto no os provoca que donde pone los pies un sacerdote, después ponga María su boca? La que es en la gracia una, la que pisa serafines, guarneciendo sus chapines, por ser de plata, la luna; ¿esa la tierra guarnece con su boca, que ha pisado el sacerdotal estado? ¿No tiembla, no se estremece el que ordenarse porfía, encargándose de andar

pasos que puedan besar después labios de María? ¿De qué es esotra?

- PINTOR. Esta es del Redentor cuando estaba de rodillas, y lavaba al falso Judas los pies.
- CABALL. Con eso crecen mis dudas: ¿cómo, Omnipotente Dios, por qué ha de ordenarse Vos besando los pies de Judas? ¿Del hombre más atrevido, más desleal, más traidor, de quien le fuera mejor, mi Dios, nunca haber nacido, ¿vuestra boca en los pies fieros ponéis, que os han hecho guerra, que están con el polvo y tierra que pisó yendo á venderos? Si lo hacéis por que después se ha de ordenar Jesús, bueno, y yo también si me ordeno os he de ver á mis pies, aunque excuse lo que medro en el altar por serviros, no lo haré, por no decirlo lo que al lavárselos Pedro. Perdóneme la Princesa y mis deseos mal seguros, que han de ser los pies muy puros que Cristo regala y besa, Y él esos cuadros me lleve á mi Oratorio, y después concertaremos lo que es, dando lo que se le debe.
- PINTOR. Este hombre es sin duda santo: grande virtud he en él visto.
- CABALL. ¿Que un sacerdote de Cristo con vos, Señor, pueda tanto? Si del talento que dais y de la merced que hacéis, libros de caja tenéis y estrecha cuenta tomáis y yo á pagaros no basto, favor que es tan excesivo, ¿qué mucho deje el recibo teniendo alcance del gasto? Juzgádome ha insuficiente el temor que en mí se esparce.

ESCENA XI

Salen DON JUAN y DON DIEGO.—DICH0.

- JUAN. ¿Qué Rodrigo Vázquez de Arce salió en fin por Presidente?
- DIEGO. Presidente es de Castilla.
- JUAN. ¿Que un letrado el mundo mande cargo que es digno de un Grande de España, la primer silla un jurista?
- DIEGO. Aunque se asombre de un Presidente el poder, si un ángel no lo ha de ser, forzoso es el sello un hombre.

(Vanse.)

- CABALL. «¡Si un ángel no lo ha de ser forzoso es el sello un hombre!...» Esto se dice en mi nombre, alma, dejad de temer. Bien es que el misterio note que mi fe vino á animar, no puede un ángel gozar el cargo de sacerdote. Hombre es fuerza que ejercite tan suprema dignidad, de nuestra fragilidad Dios tocarle en pan permite. Mi poco ánimo condeno, fe santa, alentadle vos, que el estar siempre con Dios me obligará á ser más bueno. Ayudada su eficacia, si me da su gracia y fe, llamarme mejor podré el Caballero de Gracia. Ya de sacerdote el nombre amo, pues llego á saber, si un ángel no lo ha de ser, que es forzoso sello un hombre.

ESCENA XII

Sale Inés con mantellina, y RICOTE.

- RICOTE. Inesilla, tu hermosura es el hechizo español, y siendo tu cara el sol no hay contigo noche obscura. Ella y el diablo me tienta, tu amor vinoso me abrasa. Aunque me eche de su casa mi señor y hagamos cuenta, tu belleza he de gozar esta noche á letra vista, y siendo amor organista, tus teclas ha de tocar. Entrate en este aposento, recámara de un lacayo, que en tu abril busca su mayo.
- INÉS. En no habiendo casamiento no aguarde manifiatura.
- RICOTE. Ya empiezas á congojarme: ¡que no pueda yo librarme de los asaltos de un cural Si bebo, un cura bautiza, ó por decillo mejor, un tabernero el licor con que Noé se autoriza. Si salir de noche intento entre su tiniebla oscura, luego topo con un cura que va á dar el Sacramento. Si duermo, un cura soñado que me descomulgue topo; si entro en la iglesia, el hisopo está de un cura agarrado. Un cura, si no me caso, impedirme á Inés procura; en signo nació de cura, pues los topo á cada paso. Entre, y no se me rebulla, que hay si la ven al momento,

sermón y despedimiento velle en un pie como grulla, que si vidas apetece bodas tendremos después. ¿Que te casarás?

- INÉS. Sí, Inés.
- RICOTE. Júralo una vez.
- INÉS. Y trece;
- RICOTE. pero no ha de ser pesada, que cantará si me hechiza con Monsieur de la Paliza, «la bella malmaridada». (Entrase.) Esto está como ha de estar, cuéstemelo que me cueste; mi amo antes que se acueste las puertas hace cerrar. Mas ya está la ganga en casa, perdone su devoción, que no es mucho un refregón, pues si rizna, luego pasa. Coja yo vuestro cabello, ocasión, que si la dama Iglesia después se llama, yo negativo y á ello.

ESCENA XIII

Sale EL CABALLERO DE GRACIA y FISBERTO.—RICOTE.

- CABALL. Pues los clérigos menores á la corte á fundar vienen, y como muebles no tienen, ni dineros, ni favores, mil ducados que me ha dado la Princesa mi señora, podrán cumplir por agora mi deseo y su cuidado. Compren un sitio con ellos, que hacia el Prado estarán bien, y mientras labran, estén en mi casa, que en tenellos, Fisberto, en mi compañía, gozaré la bendición que Dios echó á Obededón.
- RICOTE. ¡Un convento cada día! ¿Qué hacienda basta y caudal? El Carmen fundaste ayer. No has acabado de hacer á los pobres hospital en que después convalezcan, ¡y ya quieres dar posada á toda una clerigada en tu casa? Aunque merezcan todo eso y más, ¿quién te mete, señor, en tantos extremos, ni en casa cómo podremos caber con tanto bonete?
- CABALL. Pluguiera á Dios que pudiera como el gusto lo acomoda, hacer yo una corte toda de Religiosos.
- RICOTE. Y hubiera mucho que ver en Castilla, pues en fe de aquesa ley, hubiera de andar el Rey con bonete ó con capilla.

CABALL. Llevadlos ese dinero,
y mañana á vivir vengan
á mi casa, donde tengan
hospedaje, que, pues quiero
ser clérigo, en compañía
de los que clérigos son
Menores, su perfección
dará materia á la mía;
ve tú también con Fisberto.
RICOTE. Mas quedo con mi ocasión:
ciégamele San Antón,
que si la topa soy muerto. (Vanse.)

ESCENA XIV

El CABALLERO DE GRACIA, solo.

Dinero: echándoos de casa
echo della al enemigo,
y á la avaricia castigo
misera, necia y escasa.
Mi Dios: pues sois Rey, razón
es que en la corte viváis,
y en muchas casas tengáis
religiosa habitación.
¡Ojalá que yo pudiera
en estas ocupaciones
traer cuantas religiones
os sirven, por que viviera
satisfecha la codicia
que alienta mi devoción,
porque las Ordenes son
tercios de vuestra milicia.
Sin dineros me he quedado
aun para la costa corta
de mi casa, mas ¿qué importa?
¿con Dios no los he gastado?
Él nos dará de cenar,
que no es deudor avariento.
Pasos parece que siento.
¿Quién pudo adentro quedar,
si Ricote fuera está
y en su compañía sola
vine? ¿Quién puede ser? ¡Holah!
¿quién anda ahí? Salga acá.

ESCENA XV

Sale INÉS. — DICHO.

INÉS. Ya salen, ¡válanos Dios!
CABALL. ¿Qué es esto?
INÉS. Una mujer es
que no es nadie.
CABALL. ¿Quién?
INÉS. Inés.
CABALL. Pues ¿qué buscáis aquí vos?
INÉS. Buscaba á mi matrimonio,
que es Ricote.
CABALL. ¿Para qué
le buscáis vos?
INÉS. Ya lo vé;
engañónos el demonio.
CABALL. ¿Pues está con vos casado?
INÉS. No, señor; pero podía.
CABALL. ¿Hay tan gran bellaquería?
INÉS. Trátele bien, que es honrado.

CABALL. ¡Jesús! ¿Deshonestidades
en mi casa?

ESCENA XVI

Sale LAMBERTO. — DICHO.

LAMBERT. ¿Qué es aquesto?
CABALL. Oh Lambert, deshonesto
Ricote...
INÉS. Hablando verdades,
no ha habido hasta agora nada.
LAMBERT. Pues ¿qué es lo que había de haber?
CABALL. Llevadme aquesta mujer
á la galera.
INÉS. ¡Ay cuitada!
CABALL. Llevadla.
INÉS. ¿Yo galeota?
¡Señor, duélante mis quejar,
que diz que rapan las cejas,
y allí una cómitra azota
hasta que se cansal
CABALL. Así
no ofenderéis á Dios más.
INÉS. Si agora perdón me das,
yo os prometo desde aquí
ser un ánima de Dios,
una santa Catalina.
CABALL. Lambert: haced que Sabina
la tenga encerrada, y vos
cuidad también de guardalla
hasta que busquemos medio
con que la demos remedio.
INÉS. ¿Encerrarme? Más matalla.
CABALL. ¿Casarcisos?
INÉS. Eso sí.
CABALL. Pues sed vos mujer de bien,
que yo haré que dote os den.
Ea, llevadla.
LAMBERT. Vení.
INÉS. El verá qué bien apruebo
como casamientos haya.
CABALL. Tened cuenta no se os vaya.
LAMBERT. A casa, hermano, la llevo. (Vanse.)

ESCENA XVII

El CABALLERO DE GRACIA, solo.

Que tenía en opinión
yo á Ricote de virtuoso,
mas siempre es dificultoso
conocer un corazón.
Ya os entiendo, torpe vicio,
que, como entrada no halláis
en mi casa, os contentáis
con el más frágil resquicio
de un criado, que el castillo
de más defensa y poder
tal vez se su-le perder
por el más flaco portillo.
Sin luz quiero aquí esperarle,
que no acabo de creer
sino que aquesta mujer
entró aquí para engañarle;
sabré á obscuras lo que pasa
cuando la vuelva á buscar,

y un instante no ha de estar
si es que la trujo á mi casa,
que de la torpeza ciega
rehuso la vecindad,
y la deshonestidad
es contagio que se pega.

ESCENA XVIII

Sale RICOTE. — DICHO.

RICOTE. De la mitad del camino
vuelve el temor mis pies,
reclando que mi Inés
tope mi medio Teatino.
Cerrado en su sala está,
porque á la quietud se inclina,
y si no se disciplina,
ó contempla ó rezará.
Aquí mi virtud quedó,
el diablo me precipita.—
¿Inés; oyes, Inesita,
amores, si se durmió?
CABALL. ¿Hay tal cosa, que en travieso
haya dado aqueste loco?
RICOTE. Basta ya la burla un poco.
Inés, aquí está tu hueso.
CABALL. ¡Jesús, qué hombre tan perdido!
RICOTE. ¿Inés, fregoncilla mía?
Yo soy; el diablo sería,
Inés, que te hubieses ido.
Ya está mi amo santurrón,
ó rezando, ó acostado,
mira que estoy rematado;
háblame, mi corazón.
O está durmiendo ó se fué,
voy por luz para sabello. (Vase.)
CABALL. No lo creyera á no vello.
¡Cielos, que en mi casa esté
hombre de tales costumbres!
Despediréle al momento.

ESCENA XIX

Sale RICOTE con una luz

RICOTE. Mucho, Inés, tus burlas siento;
basten ya las pesadumbres;
háblame, ¡cuerpo de Cristol
que no hay temer embarazos;
fregona, dadme esos brazos,
¡Ay, Jesús, qué es lo que he vistol
¡En las brasas hemos dadol
¡Oh quién no hubiera nacido!
CABALL. ¿Qué buscáis aquí?
RICOTE. He perdido,
porque el rosario he quebrado,
unas cuentas por aquí,
y traje luz para alzallas.
CABALL. Cuentas, que mal podréis dallas
de vos.
RICOTE. Algunas perdí,
y como rezo por ellas
pesadamente le llevo.
CABALL. Andad, y de lo que os debo
mañana volved á hacellas;
no estéis en mi casa más.

RICOTE. Pues qué, ¿hay ya despedidura?
¿Es por Inés por ventura?
Si la mirase jamás
un basilisco me mire.
CABALL. No me repliquéis, salid;
buscad señor en Madrid
á quien servir.
RICOTE. No se admire
de cosas, vuesamerced,
humanas.
CABALL. ¿Cómo no is?
RICOTE. Si á la Red de San Luis
vivimos y en una red
pesca el demonio por uso
tanto perdido mancebo,
¿qué se espanta si por cebo
una merluza me puso
que picase en el anzuelo?
CABALL. Idos, que os haré llevar
á la cárcel.
RICOTE. Perdonar
los pecados manda el cielo.
¡Duélase de un pecador
lacayol
CABALL. Sois deshonesto.
RICOTE. Si se ha enojado por esto
yo me caparé, señor.
CABALL. Idos.
RICOTE. Iránse importunas
tentaciones desde hoy;
escarmiento, pues me voy
despedido y en ayunas. (Vase.)

ESCENA XX

Sale el CAPITÁN. — El CABALLERO DE GRACIA.

CAPITÁN. En fe, señor, de la ayuda
que no ha mucho que me hicistes,
cuando mi honor socorristes,
es fuerza que agora acuda
á ejecutar la palabra
que á mi pobreza habéis dado;
en Nápoles he alcanzado,
que en fin la paciencia labra
de la justicia los pechos
la conducta que pedí,
y para salir de aquí
y pagar los gastos hechos,
fuera de la cantidad
que me distes, y vos debo,
culpado, si veis que me atrevo,
mi muda necesidad,
otros doscientos ducados;
si me los dais, entended
que excusáis con tal merced
atrevimientos soldados;
que, con algún desatino
haré, negándolo vos,
cosa en ofensa de Dios
que remedien mi camino.
CABALL. Huélgome que despachado
de Madrid salga tan bien,
y que en Nápoles le den
premios de tan buen soldado;
pero vuesa merced viene
en coyuntura terrible,

- por agora es imposible socorrelle, que no tiene esta casa un solo real; pero procure volver mañana, que podría ser acudille.
- CAPITÁN. ¡Pesía á tall á mañana, y con *podría* me remite; ¡juro á Dios! que he de salir á las dos de la noche.
- CABALL. Por un día no es mucho que se detenga.
- CAPITÁN. ¡Voto á Dios! que aunque procure hurtarlo.
- CABALL. Paso, no jure.
- CAPITÁN. Pues no me diga que venga tantas veces, que un hidalgo de mis prendas y valor suele...
- CABALL. Dígame, señor: ¿por dicha débole algo?
- CAPITÁN. Débeme mucho si mide el empacho que me mueve, porque al noble se le debe lo que con vergüenza pide. Mas no importa, que escalando un par de cañas tendré con que pagar, y me iré de hipócritas murmurando. ¡Voto á Cristo, que quien ruega á quien guerras nunca ha visto!
- CABALL. Pues ¿qué culpa tiene Cristo de lo que un hombre le niega?
- CAPITÁN. Es costumbre envejecida.
- CABALL. Prométame no jurar por su vida, y le haré dar lo que pide.
- CAPITÁN. ¿Por mi vida? ¿es censo? Aqueso sería morirme yo.
- CABALL. ¿Y por un año?
- CAPITÁN. Es un siglo.
- CABALL. ¡Vicio extraño!
- CAPITÁN. ¿Un mes?
- CABALL. Tampoco.
- CABALL. ¿Y un día?
- CAPITÁN. Por un día, aunque es tormento vaya, yo lo cumpliré.
- CABALL. ¡Jurará!
- CAPITÁN. No juraré; ¡por el Santo Sacramento!
- CABALL. ¿Pues jura?
- CAPITÁN. Esto es despedirme del juramento postrero.
- CABALL. Vuelva por ese dinero luego.
- CAPITÁN. Tengo de partirme esta noche.
- CABALL. Haré empeñar cuanto tengo.
- CAPITÁN. Voy seguro; mas ¡voto...
- CABALL. ¿Jura?
- CAPITÁN. No juro: ¡voto á Dios que iba á votar! (Vase.)

ESCENA XXI

El CABALLERO DE GRACIA, solo.

- CABALL. No sé cómo cumplir pueda lo que tengo prometido á este soldado afligido el corto plazo que queda. Dentro de un hora vendrá por los docientos ducados, y por excusar pecados, ¿qué no hallándolos hará? Por remedialle con ellos he de buscarlos; no hay prenda mi Dios, que empeñe ni venda, ni traza para tenellos. Socorred esta desgracia y volved, Señor, por mí; mas ¿qué es esto?

ESCENA XXII

Sale un ANGEL en traje de caballero.--Dicho.

- ANGEL. ¿Vive aquí el Caballero de Gracia?
- CABALL. Yo soy el que buscáis.
- ANGEL. Cierta persona me envía á que en alguna obra pia, de las muchas en que estáis todo el tiempo entretenido, gastéis docientos ducados que os traigo en oro.
- CABALL. Cuidados, el cielo os ha socorrido; no sé con qué os satisfaga la ocasión á que llegáis; á Dios, señor, los prestáis, segura tenéis la paga. (Saca un libro de caja.)
- ANGEL. En este libro apercibo lo que yo á pagar no basto, en el asiento su gasto y en él pongo su recibo. Firmad aquí que le dais esos docientos ducados á Dios, hidalgo, prestados.
- ANGEL. ¿Para qué á Dios los cargáis si al fin los recibís vos?
- CABALL. Es esta costumbre mía.
- ANGEL. Dios, Jacobo, os los envía, agradecedlos á Dios. (Cáesele la capa y sombrero y vueta el Angel.)
- CABALL. ¡Válgame el cielo! ¿Qué es esto? Desapareció y se fué el que socorrió mi fe. De su talle, rostro honesto ¿será mucho que imagine que es Angel vuestro mi Dios? mas esto, juzgarlo Vos cuando yo no determine la verdad de esta ventura, aunque en el tiempo que corre sólo es Dios el que socorre la pobreza á coyuntura. Buen fiador en Vos he hallado,

pues mi palabra cumplí, y liberal no sufrís que se quiebre.

ESCENA XXIII

Sale el CAPITÁN.--Dicho.

- CAPITÁN. ¿Habéis hallado aquel dinero, señor, porque he de partirme luego?
- CABALL. Nunca Dios desprecia el ruego de quien le pide favor. Tomad y partíos seguro, vuestras deudas socorred; pero hacedme á mi merced de no jurar.
- CAPITÁN. Ya no juro, que, como os tengo por santo, si vuestro gusto no sigo, temo del cielo el castigo.
- CABALL. No es nobleza jurar tanto; pues sois caballero vos hablad como caballero.
- CAPITÁN. Seguir el consejo espero que me dais. Adiós. (Vase.)
- CABALL. Adiós.

ESCENA XXIV

Sale LAMBERTO, SABINA, FISBERTO y otros.
El CABALLERO DE GRACIA.

- LAMBERT. Jacobo, dadnos albricias, aunque por lo que ganamos que os las demos es más justo; ya Juan Bautista Cataño, Cardenal de San Marcelo el sumo Pontificado goza en la romana Silla, y con el nombre de Urbano Séptimo tiene en sus hombros de toda la Iglesia el cargo. Por muerte de Sixto Quinto todo el Colegio Romano le adora por vice Dios.
- CABALL. ¡Gracias á los cielos santos!
- LAMBERT. El Cardenal, mi señor, su sobrino, ha perdonado mis travesuras.
- SABINA. Y libre á vuestra instancia, Conrado,

volviéndole á recibir en su servicio y amparo, también reduce á Lambert, y su hacienda y mayorazgo le restituye y perdona, por lo que debemos daros las gracias mi hermano y yo.

- CABALL. Dadme en albricias los brazos.
- LAMBERT. Partirémosnos á Roma al punto.
- CABALL. A la iglesia vamos á dalle el pláceme á Dios, de su divino Vicario, que yo, después que en mi casa seguro hospicio haya dado á los clérigos Menores de virtud espejos claros, pienso partirme á Toledo á ordenarme de Orden santo, por que siendo sacerdote tome el cielo con las manos.

ESCENA XXV

Sale RICOTE de clérigo menor con un gran bonete.
Dichos.

- RICOTE. Del ocio y mundo repudio; no más chanzas y barrancos, adiós, Inés fugitiva, ya renuncio tu estropajo.
- FISBERTO. Ricote: ¿qué traje es éste?
- RICOTE. Este es un traje esquinado con cuernos que no deshonoran; ¿no me ven embonetado? Pues por mí dicen que dijo nuestro refrán castellano lo de «á come de bonete».
- CABALL. Huélgome que reformado estéis de vida y costumbres.
- RICOTE. Padre Ricote me llamo.
- CABALL. Vamos á ver la Princesa, que no poco se habrá holgado con la elección acertada de Su Santidad.
- LAMBERT. Es tanto lo que de este caballero hay que decir, que lo guardo para la segunda parte, por lo que habéis estimado al Caballero de Gracia en Madrid sus cortesanos.